

Guillermo Daniel Leone

# El Oculito Equilibrio de las Cosas



  
Galáctica  
Ediciones

SEGUNDA  
EDICIÓN

# El Ocullo Equilibrio de las Cosas

Guillermo D. Leone

(Anexo de los agregados más importantes a la  
segunda edición)

*Pocas razas hay sobre la tierra  
más dignas que la raza araucana.*

*Alguna vez veremos  
universidades araucanas,  
libros impresos en araucano,  
y nos daremos cuenta  
de todo lo que hemos perdido  
en diafanidad, pureza  
y en energía volcánica".*

Pablo Neruda: Confieso que he vivido.

## **SOBRE LA SEGUNDA EDICIÓN**

Deseo agradecerte por haber adquirido la primera edición, por exponerte a esta historia y por acoger los martillazos a la razón a los que Don Ignacio nos tiene acostumbrados.

En este tiempo muchos comentarios me han llegado sobre el efecto que provocan sus palabras, y debo contarte que yo no he sido ajeno a dichos efectos. Escribir un libro te cambia, te obliga a un diálogo con los personajes que usualmente interpelan al autor tanto como al lector.

A estas alturas el hecho de que en menos de dos años todos los ejemplares se agotaran, me confirma que no fui yo quien eligió escribir este libro, sino que fue el libro que me eligió a mí. Estoy agradecido pues ha sido uno de los más bellos regalos que la vida me hizo y un estimulante desafío.

Como dije en la introducción a la primera edición, al terminar las clases siempre me quedaba algo por decir, por eso decidí escribir el libro. Pues esta vez me sucedió lo mismo, al releer la primera edición empecé a pensar en lo que quería aclarar o desarrollar más en la misma y no en una nueva historia. Así que

tomé la decisión de hacer una segunda edición diferente a la primera con varias páginas más y con algunos retoques en el texto para hacerlo más claro allí donde me parecía que necesitaba explayarne un poco más.

Pensando en quienes ya compraron la primera edición, habiendo sido los primeros, me pareció que merecían recibir este nuevo material. Sin embargo, los libros de papel, si bien poseen esa nobleza que les es propia, no pueden ser actualizados a distancia. No quise quedarme con esa limitación, así que rompí esa regla, y les entrego, pocos meses después de salida la segunda edición, este cuadernillo con los principales contenidos agregados. De esta manera, una vez más les agradezco a quienes confiaron en mí y apoyaron mi trabajo permitiéndome seguir escribiendo. Es mi forma de agradecerles y es mi forma de seguir honrando los órdenes naturales que dicen que quien llegó antes tiene prioridad.

Con gratitud y al servicio del equilibrio:

Guillermo Daniel Leone

(...)

## DON IGNACIO

Años antes, a causa de unas jaquecas que los médicos no habían logrado aliviar, Diana fue a dar con un indio curandero: *Don Ignacio*. Un hombre de linaje mapuche, emparentado con *machis*, (chamanes mapuches) y nieto de una destacada *machi* ya fallecida, famosa por ser una gran guía y sanadora.

Durante más de un año, Diana condujo casi trescientos kilómetros cada mes para conseguir los preparados de hierbas curativas. Así fue surgiendo una familiaridad que creció con el tiempo. Cada tanto, el hombre a través de algún comentario le dejaba ver que se percataba de sus estados anímicos y físicos. Sabía si estaba cansada, enojada, triste... incluso parecía percatarse de detalles de su vida que nunca le había confiado. Diana no siempre lo tomaba seriamente, pero tuvo que admitir que el indio tenía una gran sabiduría, y le fue contando cada vez más cosas íntimas. Sin embargo, en lo que a emociones se refería, el psicoanálisis seguía siendo, para ella, más fiable.

Ese día, a pesar de todos sus esfuerzos por controlarse, Diana había llegado al límite de su

cordura y, en su desesperación, lo único que vino a su mente fue la imagen del curandero. Sin meditarlo demasiado, saltó dentro de su auto y condujo en busca del consejo del hombre.

No lo encontró en su casa. Una mujer extraña, aunque con un aire familiar, la recibió con la naturalidad de quien la hubiera estado esperando. Le dijo que Don Ignacio estaba en las celebraciones del *We Tripantu* (el año nuevo mapuche), a unos ochocientos kilómetros al sur.

—¡No lo puedo creer! ochocientos kilómetros no es a la vuelta de la esquina —Diana se lamentó.

No lo había previsto, no traía equipaje más que para un día. La mujer la miró con aire reprobador y, sin prestarle mucha atención, murmuró moviendo la cabeza negativamente:

—*Niña tonta... si realmente quisieras verlo harías un esfuerzo...*

Fue como el latigazo que dispara el caballo al galope. No se detuvo a pensarlo más.

—Dígame cómo hago para llegar allí.

La mujer le explicó con sumo detalle cómo encontrarlo. Diana necesitaba verlo, y después de todo podía tomarse ese tiempo, así que hacia allá encaró. Mientras se alejaba, ya a unos

metros creyó oír la voz de la mujer diciendo: *si es tu destino lo encontrarás...*

Demoró un día en llegar a la aldea que le habían indicado. Era un brillante mediodía invernal. Apenas accedió se dio cuenta de que su presencia no era acogida ni mucho menos. Las miradas recelosas y la incomprensible lengua *Mapundungún* (lengua de la tierra) eran una muralla imposible de franquear. Se aproximó a cuanto aldeano pudo para preguntar por Don Ignacio. Incluso lo describió físicamente, pero lo único que obtuvo fueron miradas aprensivas y ninguna respuesta. A lo sumo: *Aquí no hay nadie llamado así.*

Estaba claro que no la ayudarían. Agotada por el viaje y por las imágenes en su cabeza, pensó que, una vez más, Mauro se reía de ella. Racionalmente era absurdo, pero sentía la misma impotencia que cuando esperaba algo de él. Parecía que todos hubieran estado confabulados para hacerla sentir una idiota.

La pequeña aldea tenía un enorme claro en el centro en torno al cual habían emplazado una docena de chozas de barro, troncos y paja, con techos cónicos y sin ventanas. En diversos lugares de la periferia podían verse unas carpas rudimentarias, seguramente para ampliar el



espacio para los visitantes. El área estaba flanqueada por algunos cerros y, a lo lejos, se distinguía imponente la Cordillera de Los Andes coronada de nieve. Los árboles, principalmente cipreses, arces, y robles perfumaban el aire invitándole a uno a respirar hondo y llenarse de esa magia exultante.

Desconcertada, Diana buscó un sitio donde tomar un descanso y reflexionar sobre su futuro inmediato. Caminó unos treinta metros hasta una gran roca plana bañada por el sol. Emanaba un particular brillo que la atrajo. Además, estaba convenientemente apartada del caserío y de las escrupulosas miradas. Se recostó. Cerró los ojos urgida por aquietar sus pensamientos. Se dejó flotar en sus cavilaciones sin rumbo. Era irónico, pero exactamente así se sentía ella: *sin rumbo*, sin conocer a nadie, perdida como tantas veces en su vida, sin la menor idea de por qué hacía las cosas que hacía. Sin embargo, no sentía miedo. Ya había cruzado su límite y ahora sentía que ya nada iba a hacer su vida más miserable, así que todo le daba igual. Respiró profundo llenándose del aroma de los cipreses y sin proponérselo, sus ojos se abrieron.

Tamaño susto se dio al descubrir a Don Ignacio a pocos centímetros de su rostro,

escudriñándola. De un sólo salto en un segundo estaba de pie. Quiso explicarle al hombre, pero los únicos sonidos que salieron de su boca fueron: *Eeemmm... vine aaa... a verlo... Eees queee... Mauro... Nnno seee... mmm... c...cuál fue mi error...* El hombre contemplaba calmo su balbuceo caótico.

—Mejor quédate aquí sentada —decretó Don Ignacio con tono sereno.

—¡Es que viajé muchos kilómetros! —protestó Diana, mientras él la miraba imperturbable, sin responder.

—¡Tiene que ayudarme! —reclamó imperativa.

—¡Mírate un poco! —regañó grave Don Ignacio como quien habla a una niña desobediente—. ¡Estás hecha un desastre! ¡Un caos total! Te has enroscado en toda suerte de locuras. No puedes con tanta basura mental. ¡Es demasiada alienación para una persona!

Diana lo miraba perpleja. Él no se detuvo:

—Debes entender —continuó el chamán— que es limitada la capacidad que tenemos de exponernos al caos. ¡Tus emociones, tu mente... ¡todo en ti está fuera de control! —prosiguió calmo— Antes de hablar, debes sosegar te, encontrar orden y armonía.

El hombre se retiró a una choza y volvió un minuto después con una vasija pequeña y un cuenco de barro.

—Bebe esto. —Le dio una especie de té, fresco.

Ahora sólo dedícate a calmar esa voráGINE interna. Así como estás no podrías escuchar nada de lo que te diga —sentenció el anciano—, te me quedas bien quietecita aquí —le ordenó amable señalando la roca.

Obediente, Diana se sentó y de inmediato, un estremecimiento surcó su cuerpo dando paso a una calma hipnótica, como un trance. Con aire infantil, se acurrucó en el abrigo que llevaba puesto y se durmió.

AnocheCía cuando regresó Don Ignacio. La examinó con una mirada que claramente veía más que lo obvio, y dijo:

—Ahora quizás puedas prestar algo de atención. Me sorprende que hayas logrado llegar hasta aquí puesto que tú no eres mapuche y esta tierra es sagrada. Ustedes, *huincas*<sup>1</sup>, no tienen permiso para entrar aquí.

---

<sup>1</sup> *Huinca*: (Wingca), término que designaba originalmente a los españoles que invadieron América. Significa *nuevo inca* aludiendo a los incas pues eran un pueblo invasor a ultranza. Hoy es usado con connotación despectiva para quienes no son mapuches. Siempre evoca la idea del invasor extranjero.

—Pero ¡yo no vi ningún letrero de prohibición! —se defendió Diana.

—No es que nosotros se lo prohibamos, simplemente nunca llegan porque nuestra *Madre* no se los permite.

—¡No sabía que su madre estaba viva! —se disculpó asombrada Diana— ¡Dígale que me disculpe!

Don Ignacio soltó una estruendosa carcajada. No *mi* madre, quien por cierto está muy viva, sino “*Nuestra Madre*”. Me refiero a *nuestra Ñuke Mapu*, o *Madre Tierra*. Algún misterioso propósito debe tener para haber hecho esta excepción contigo. Más de uno ha perdido su vida intentando encontrar este lugar, —luego continuó:

—¿Quieres saber una cosa? Lo más insólito es que este es un tiempo único, uno de los días más sagrados para nuestro pueblo, lo que hace aún mucho más extraña tu presencia.

Diana no entendía a qué apuntaba el anciano y tampoco le interesaba demasiado. Lo miró frunciendo el ceño mientras seguía buscando una forma de explicarle por qué estaba allí. Pero desde el inicio el viejo no había prestado atención a su urgencia por entender todo lo que le había sucedido con Mauro. Luego Diana

recordó que podía demostrarle que *ella sí tenía permiso*. Con aire triunfal le espetó al anciano:

—Bueno, si yo no tenía que estar aquí entonces explíqueme por qué razón la mujer que estaba en su casa, supongo que sería su madre, me dio todas las indicaciones con sumo detalle para que pudiese llegar sin perderme. Inclusive, cuando yo dudaba si venir o no, me dijo en tono firme que *si realmente quería verlo a usted haría el esfuerzo de viajar*, y que *si era mi destino lo encontraría*. Fue muy convincente.

—¿Una mujer en mi casa?

—Si, una mujer delgada, madura, imponente... con su cabello gris atado en una gruesa trenza. De hecho, hablaba igual que usted.

Don Ignacio supo que no podía ser otra persona más que la dueña de la casa, es decir, su fallecida abuela Amanda. Había muerto hacía tiempo. Pero ¿por qué se molestaría en presentarse ante una *huinca*?

—¿No estaba su madre allí? —inquirió Diana curiosa.

—Mi madre vive aquí desde que mi abuela, que es quien debes haber visto, falleció.

Diana se quedó paralizada. No entraba en su mente la idea de haber visto y hablado con alguien que no estaba allí.

—No había ninguna mujer, —continuó el chamán— al menos ninguna mujer de carne y hueso...

El hombre se quedó pensando, como si estuviera descifrando cual era el mensaje que su abuela le quería dar, pero sabía perfectamente que no necesitaba entenderlo. Lo que sucede, sucede por algo... Diana interrumpió sus cavilaciones:

—Pues allí estaba esa señora, y me vio tan desesperada que se compadeció de mí. Se dio cuenta de que yo quería tanto, ¡pero tanto! entender qué es lo que me pasó con Mauro que se apiadó, supongo.

—Ninguna mujer se apiadó de ti. Esto no tiene nada que ver con apiadarse de nadie. Se trata de otra cosa... es una señal y apunta a ti, a una *huinca*.

—Bueno, lo que sea, pero ¿me va a explicar o no qué pasó con mi relación?

La persistencia de Diana era ya irritante.

— ¡Está bien! ¡Está bien! —respondió con fingido enojo el anciano— ¿Quieres saber cuál es tu error? ¡Bien! ¡Aquí va tu explicación!: *¡Tu error es que no entiendes nada de las fuerzas que regulan el mundo!* Ahí lo tienes, ya puedes irte de regreso.

Diana, aún más confundida, volvió a fruncir su entrecejo y el hombre continuó explicando:

— ¡Has roto *el equilibrio de las cosas* y estás pagando el precio por tu negligencia!

Diana lo vio como quien mira a un loco. El viejo sonrió disfrutando de su confusión. Había conseguido despertar su curiosidad.

— ¿De qué equilibrio de qué cosas me está hablando?

—Verás. Todo, absolutamente todo lo que existe, todo lo que aún *no* existe, y lo que ya ha dejado de existir, es decir: *TODO*, es parte del *Gran Equilibrio*.

Este tiempo, justamente, es sagrado pues es la época en que ese equilibrio se renueva, esto sucede cada año. Por esa razón las personas de mi pueblo nos hemos congregado aquí. Vini-mos de los cuatro puntos cardinales a estrechar lazos, a confraternizar entre nosotros y, principalmente, con nuestros antepasados, con los *Pillanes*<sup>2</sup>, con el *Ngenechén*<sup>3</sup>, y con otros espí-ritus que nos guían. Porque en este tiempo se renueva el *Gran Equilibrio*.

---

<sup>2</sup> En la cultura mapuche el *Pillán* es un espíritu poderoso. Son considerados grandes ancestros del pueblo mapuche. Cada linaje desciende de un Pillán que los guía y protege, y ocasionalmente los puede castigar. El volverse Pillán tiene que ver con la grandeza en vida, con el respeto a las leyes ancestrales y con cuánta es la descendencia que honra su memoria.

<sup>3</sup> *Ngenechén*: El *gran ancestro*, equivalente a Dios.

Hemos venido a agradecer lo que *Ñuke Mapu*, nuestra *Madre Tierra*, nos da, pero ¿qué te puedo decir a ti del *Gran Equilibrio*?

A tu gente pocas cosas los motivan, están adormecidos en su ignorancia. Viven profanando la tierra y sus frutos, justamente lo más sagrado para nosotros.

—Perdón, Don Ignacio, no entiendo qué tiene que ver todo lo que está diciendo con mi relación con Mauro —insistió Diana.

—¡Justamente! ¡Es que todo está conectado en el *Gran Equilibrio*!

Don Ignacio se quedó un momento en silencio como buscando las palabras adecuadas, luego prosiguió:

—Puede que hayas obrado con buena intención, y, seguramente ayudaste a ese muchacho. Sin embargo, tu ignorancia de los principios del *Gran equilibrio* hizo que esa asistencia trajera más problemas que soluciones. Lo habrás ayudado quizás, pero a un costo altísimo, tanto para ti como para él. Como si para fabricar un fósforo hubieras talado un árbol milenario —Sacudió la cabeza en gesto negativo.

— ¡Fíjate sólo cómo estás! —La regañó nuevamente.



— ¡No entiendo de qué habla usted! — gruñó Diana entre enojada y confusa mirándose la ropa para ver qué tenía de malo.

Don Ignacio continuó más suave:

— ¡No puedes ir por el mundo sin ningún respeto, tomando lo que se te antoje, imponiendo tu voluntad y alterando todo sin que haya consecuencias! Pareces una niña caprichosa, que arroja sus juguetes al río y luego llora porque los quiere de nuevo, y cuando le preguntan dice “se cayeron”.

—Usted perdone, Don Ignacio, sigo sin comprender —Se disculpó Diana.

—Hay leyes, principios que protegen el *equilibrio del Todo*, y los vínculos entre las personas son parte de ello, están sujetos a esas leyes. Así que, si has de aspirar a tener paz en tu vida, deberás comenzar por aprender sobre *El arte de Dar y Tomar*.

— ¿De qué se trata todo eso? ¿Es la receta de la felicidad?

—No hay ninguna receta —explicó el chamán sin reaccionar al tono irónico de Diana—. Y no es tan simple, se trata de lograr *ser uno* en armonía con la tierra, con las plantas, con los otros..., con el *Gran Espíritu, Ngenechén*.

Don Ignacio parecía iluminarse cuando hablaba.

— ¿Acaso no ves que todo está vivo? No son sólo palabras, es una forma de vivir y de actuar en el mundo opuesta a la tuya: ustedes viven como si el resto no existiera. Nosotros intentamos vivir siendo *uno* con todas las cosas y con las personas.

Diana empezaba a arrepentirse de haber viajado más de mil kilómetros siguiendo su impulso. El viejo estaba definitivamente loco. Era un buen curandero, pero ahora sólo parecía hablar incoherencias. Sin embargo, siempre que Diana había seguido una corazonada los resultados jamás fueron malos, así que se dijo: ¿Qué puedo perder? Escuchar sus locuras no puede empeorar las cosas.

—Lo extraño es que tú, que no eres *mapuche* (gente de la tierra), has llegado justo al inicio de las ceremonias del *We Tripantu*, nuestro año nuevo. Eso dice algo, porque este nuevo ciclo se inicia después de *la noche más larga del año*, la cual representa la mayor oscuridad que debemos atravesar para alcanzar la luz. El amanecer siguiente a la noche más larga es el momento en que se renueva el equilibrio de la naturaleza, entonces hombres y mujeres se pacifican. En ese momento nosotros, previa purificación, agradecemos lo que hemos recibido, y escuchamos los mensajes de los espíritus. En

mi pueblo pensamos que: *Se debe ser agradecido para ser digno de recibir*, por eso lo primero es agradecer.

—Diana seguía perpleja, y lo que el viejo decía no le hacía el menor sentido.

— ¿Puedes, tú, agradecer lo que tienes? —inquirió provocador Don Ignacio— Me imagino que debe ser difícil responder esta pregunta, pues la gratitud es una noción que tu cultura no conoce.

Suponen que el mundo está en deuda con ustedes, o peor aún, que son dueños del mundo. Creen que tienen el derecho de nacimiento a que se les dé todo lo que quieren, y creen que no hay necesidad de agradecer lo mucho que reciben.

Ahora empiezo a creer que tu presencia tiene un sólo significado posible, y es que el *Gran Espíritu* te jugó una treta para que te hagas una de los nuestros. Es la única explicación coherente y ¡es lo único que podría calmar tu locura! —dijo riendo a carcajadas después de tratarla de loca.

Ella no pudo evitar contagiarse la risa del chamán. Lo gracioso de todo esto —pensó Diana— es que yo creo que el viejo está loco y él cree lo mismo de mí. Se dijo nuevamente:

La verdad es que no puedo empeorar aún más, así que veremos qué sigue.

El que estés aquí, justo un día antes del inicio de las ceremonias, es, indudablemente, para que participes de ellas. Necesitas aprender el *Admapu*, son leyes que rigen la relación entre nosotros y con este maravilloso y misterioso mundo que nos ama, nos cuida y nos aterrera. Lo que te han enseñado en la escuela o en tu familia no te servirá para mucho de hoy en adelante. Debes olvidarlo. Es *esa* visión del mundo la que te ha llevado a perturbar el *Gran Equilibrio*, aunque no te hayas dado cuenta. Por eso estás pagando las consecuencias y por eso debes abandonar esa vida para siempre.

—Pero ¡yo quiero saber qué pasó en mi relación con Mauro! —reclamó Diana.

—Es que no se trata *sólo* —enfaticó la palabra— de la relación con ese muchacho. Verás, él es para ti sólo el punto de partida. Es quien te obligó a despertar, aun sin proponérselo. Como un maestro, te instó a prestar atención a tu relación con el mundo.

— ¡Yo no me llevo mal con el resto del mundo! —Se defendió Diana.

— ¡Eso no es posible con esas formas torpes que tienes de vincularte! —exclamó categórico el hombre—. Es poco probable que te lleses

bien con el resto del mundo, lo que puede ser es que no te des cuenta de lo mal que te conduces.

— ¿Cómo es posible que no me dé cuenta?

— Sucede que tu cultura ha perdido la sensibilidad a tal extremo, que son maltratados y maltratan sin notarlo. Son irónicos, prepotentes, cáusticos. Descalifican a los demás hasta en los pequeños comentarios. Y lo hacen con una sonrisa, y creen que son chistosos por ello. A excepción de pocas personas sensibles, ustedes van dejando su rastro de estiércol y destrucción, no ven que caminan sobre sus propios desechos. Por si fuera poco, cuando alguien les dice algo, encima, se ofenden.

Diana no tenía argumentos. Por un lado, quería desesperadamente entender su relación con Mauro, por otro, no podía negar que era cierto lo que ese hombre le decía. Sin embargo, seguía sin darse cuenta de cómo todo esto se relacionaba con su vínculo amoroso.

*El arte de Dar y Tomar* —continuó Don Ignacio con voz amable—, es el regalo del *Gran Espíritu, Ngenechén*. Es uno de los saberes más antiguos de la creación. Es más antiguo que el hombre. La naturaleza lo practica y de allí lo aprendimos nosotros. En nuestra cultura, el único que no está sujeto a sus principios es

el mismo *Ngenechén*, en su estado *no manifiesto*. Luego, cuando se manifiesta, sea como un árbol, como una persona o como un animal, entra en el *Gran Latido de lo que es*, y está sometido al intercambio por lo tanto debe cuidar del equilibrio o perecerá.

Decimos *latido* porque todo tiene alma, todo pulsa, respira, sube y desciende, alterna su estado. Así se suceden frío y calor, luz y sombra, *dar y tomar*, en una infinita danza que constituye la vida. Una danza en perfecto equilibrio que tú has roto y por ello las consecuencias no pueden ser buenas.

*El arte de Dar y Tomar* nos permite a los hijos de *Ñuke Mapu* vivir en armonía con el *Todo*. Para cada cosa que existe hay un orden, y hay un movimiento.

Desde pequeños se nos enseña que hay quienes nos preceden y que debemos honrarlos, pues fueron ellos los que nos dieron todo lo que tenemos.

Aprendemos también el cuidado y el respeto del *ser colectivo*, y a ponernos límites en el *tomar*. Si cazáramos todos los animales o arrancásemos la planta entera en lugar de quitar algunas hojas, el año siguiente ya no tendríamos de qué alimentarnos. Por eso, tomamos sólo lo

necesario, y permitimos que el ambiente se recupere.

También tenemos en cuenta la necesidad de los otros a la hora de *tomar*. Por ejemplo, no tomamos la vida de un animal hembra si tiene crías, o si está preñada, porque afectaríamos muchas vidas y no sólo a esa. Aprendemos a buscar nuestros alimentos en otros lugares para no devastar el ambiente.

Una de las cuestiones difíciles para ustedes es darse cuenta de que toman demasiado. No son sensibles al dolor de los otros ni al de la *Madre Tierra*. Por esa ceguera viven en estados irreales.

— ¿A qué se refiere con estados irreales? —  
Se defendió Diana.

—Es irreal encontrar vegetales, semillas, frutos de toda clase y carnes de distintos animales, todo disponible y en el mismo lugar para tomarlo con la mano de un estante, en vez de cazarlo o de cosecharlo. En un mundo real, deberías caminar kilómetros para obtener una pequeña parte de eso, y difícilmente lo lograrías.

Teniendo en cuenta el esfuerzo que significa la caza o la cría para comer carne, ustedes no dan nada para obtenerla. Como tienen todo al alcance de la mano, llevan las cosas hasta el

absurdo tomando alimentos que ni siquiera consumirán, ropas que no usarán, objetos innecesarios, y crean un efecto devastador en el gran balance de *Ñuke Mapu*.

Por eso, niña, es que te digo que esto es mucho más que una *receta* sobre las relaciones: es aprender a ver la vida y a relacionarse con el *Todo* en forma armónica y respetuosa.

Ya que el *Gran Espíritu* se te ha mostrado como una mujer y te ha arrastrado más de mil kilómetros hasta aquí, supongo que tendrá sus razones. Por eso te invito a que permanezcas con nosotros estos días. Este es el mejor momento para iniciarte en nuestra conexión con el mundo, para convertirte en *una de nosotros*. Esto pondrá fin a tu sufrimiento por esa relación y a otros sufrimientos que provienen de tu cultura. Sin embargo, debo advertirte: luego de tu iniciación ya nada será lo mismo. Ya no sabrás lo que es estar sola o desamparada, pero puede que el gusto que tienes por las cosas de tu mundo se vaya marchitando, y que necesites apartarte de las personas que hoy te interesan.

Así que debes reconsiderar esto antes de dar ese paso, para estar segura de que realmente quieres traspasar esta frontera sin retorno. Si decides hacerlo, el *We Tripantu*, el tiempo del renacimiento, operará en ti una transformación



tan profunda que apenas podrás reconocerte y nunca volverás a ser la misma.

Las palabras de Don Ignacio la estremecieron profundamente dejando tras de sí un miedo, que, sin embargo, sabía que no iba a impedirle seguir adelante.

No sentía nostalgia alguna por abandonar los que otrora fueran sus sueños y hoy veía como espejitos de colores que sólo la habían mantenido entretenida, o, mejor dicho, distraída. Era como encontrarse frente al lugar que llevas años buscando, pero no te animas a tocar a la puerta. Allí estaba Diana.

En los últimos tiempos más que nunca se había dado cuenta de que era como una caparazón hueca. Nada de lo que hacía la llenaba, aún durante el tiempo que estuvo con Mauro sólo se había distraído de la falta de sentido que su vida tenía. Se sentía seca, sin dirección, con momentos aislados de placer flotando como hojas en un agua oscura cuyas profundidades desconocía. Una parte de ella sabía que *necesitaba* ese cambio que el hombre le proponía, sabía que era lo correcto, que hacía tiempo que esperaba esa oportunidad y eso la entusiasmaba.

—Mañana, si es que decides quedarte, te hablaré de los principios que has transgredido en

tu relación, y, comenzarás a entender por qué estás sufriendo tanto. Te aseguro, niña, que todo lo que te ocurre tendrá un sentido claro — dijo con dulzura paternal.

Diana se sintió reconfortada, y, aunque estaba algo aprensiva, la curiosidad era mucho más fuerte y aquel anciano ya no le parecía tan delirante. Seguidamente, Don Ignacio le dijo que, por el momento, no hablarían más y dejarían que *el Ngenechén* o *Gran Ancestro*, la impregnara y la encauzara para tomar la decisión correcta.

Esos tres días iban a ser unas vacaciones — razonó Diana— era la primera vez en meses que se tomaba un tiempo para conectarse con ella, y ya se sentía un poco más calma.

Luego de darle indicaciones para llegar a un pueblo cercano, donde hallaría una posada y ropa adecuada para la ceremonia, el anciano la despidió afectuosamente.

Esa noche, Diana decidió caminar por el pueblo. Los aromas de los pinos, y las calles de tierra encendieron imágenes de su infancia. Había crecido en un barrio sin asfalto, con casas bajas, baldíos y campos. La naturaleza había sido parte de su cotidianeidad, y, ahora, se daba cuenta de que la añoraba. Dejó que su alma, nostálgica, se cobijara en el abrazo de la

noche repleta de imágenes de la niña que alguna vez fue. Durmió profundamente y, aunque no pudo recordarlo, soñó con su infancia, con sus abuelos y con sus padres.

Regresó a la aldea pasadas las diez. El lugar estaba totalmente cambiado. Habían preparado una de las chozas más grandes para la celebración que comenzaría al atardecer. Telas de colores y flores decoraban las casas, y abundantes manjares aguardaban a los invitados. Decenas de personas iban llegando. El clima era festivo, propio de un gran encuentro familiar.

Don Ignacio sonrió al verla. Con un gesto la invitó a acompañarlo hasta la roca plana en la que habían estado el día anterior. Se sentaron y permanecieron unos minutos en silencio. Finalmente, el hombre inició diciendo:

—Lo que voy a explicarte quiero que lo escuches con tu mente y tu corazón abiertos. No pienses sólo en tu lazo con ese muchacho, trata de ver en qué otras áreas de tu vida te comportas de la misma forma.

Necesitarás de toda tu concentración. Voy a introducirte al *Origen del Equilibrio de todas las cosas*, si comprendes esto puedes estar segura de que nunca te faltará nada. Ya no pasarás por situaciones extremas, absurdas como la

que estás viviendo, y tu vida no se derrumbará así: de un día para el otro. Si aceptas estos principios del *Admapu*, será fácil ocupar tu lugar en el gran concierto y, cuando lo consigas, tu vida será sólida, radiante, llena hasta los bordes, y, al mismo tiempo, ligera. Irás deslizándote sin peso, podrás admirar el paisaje, y disfrutar de tu viaje.

Diana lo observaba con los ojos bien abiertos, como una niña que espera que le cuenten la historia más fascinante que jamás haya oído. El chamán prosiguió:

*Dar y tomar* son movimientos que amplían la consciencia de uno mismo y del otro. Nos ponen en contacto con nuestras necesidades y carencias, con lo inacabado, con lo no resuelto, pero también alumbran la consciencia de lo que tenemos para dar, nuestras fortalezas y talentos.

— ¿Recibir es lo mismo que *tomar*? —preguntó Diana.

—Si bien recibir tiene el mismo efecto que *tomar* (en ambos casos me proveo de algo), el recibir no incluye la responsabilidad de que estamos asumiendo una deuda. El recibir es un acto pasivo, parece que la acción la hiciera el otro: el que da. Por eso preferimos la palabra *tomar*, porque refleja el aspecto activo del

movimiento y nos obliga a asumir el compromiso por ese acto.

Es fundamental —continuó— que todo movimiento de *dar* o *tomar* sea hecho a conciencia, de forma respetuosa, clara, y responsable. Debemos hacernos cargo de lo que tomamos y de lo que damos, sabiendo que ambos movimientos afectan al *Gran Equilibrio*.

(...)

## PRIMER PRINCIPIO

### *El cuidado de la vida que nos fue dada*

Somos una manifestación del *Gran Espíritu*, *Ngenechén* —explicó Don Ignacio—. Nuestra vida es sustancial para el *Todo*, aunque no lo notemos. El *Gran Espíritu* no comete errores en sus cálculos. Cada uno de nosotros existe para algo y no pisa esta tierra una sola criatura que no sea necesaria exactamente del modo y talante en que fue creada. Lo que puede suceder es que ignoremos nuestro lugar en el *Todo* y eso quizás nos torne erráticos, vacilantes e infelices.

Por ejemplo, muchos mapuches quieren ser *huincas*, y vivir vidas de blancos, así acaban sintiéndose siempre inferiores y humillados. Quieren ser lo que no son. Al ansiar eso, no habitan el mundo que les pertenece (el nuestro) lo cual les daría toda su fuerza, ni pertenecen al mundo que intentan habitar, el de los *huincas*. Ocupar el propio lugar es lo que nos permite aprovechar al máximo nuestros dones, tener disponible toda nuestra fuerza, desplegar el

arte de cada uno y recibir también la fuerza del todo.

Pero este trastorno no sólo ocurre con mi gente. Hoy, ignorar, rechazar o no querer asumir el propio lugar es un mal común, una plaga que se ha diseminado a causa de la cultura *huinca*, un mal que lleva al mundo a la depresión. Tratan de ser lo que no son, tratan de mostrarse como si fuesen otros y así se aíslan de la fuente de la vida.

Cuando ignoramos el propósito de nuestra existencia, nosotros, los mapuches, podemos hallarlo en nuestra guía, la *Machi* (chamana) del *lof* (comunidad). También tenemos el *Admapu*, las leyes que ordenan todo. Si te aferras a esas leyes, antes o después, descubrirás tu lugar y sentirás tu vida florecer. Pero ustedes, seres “civilizados” no poseen nada similar. No tienen una retaguardia ancestral. No consideran a sus ancianos, a los sabios o a los espíritus como fuentes de sabiduría. En vez de eso ¿qué hacen? Le preguntan al computador, una cosa sin ojos ni corazón. Ese es el motivo por el que están tan perdidos, porque no pueden encontrar una respuesta que tenga en cuenta a su alma.

Diana miró al chamán frunciendo el entrecejo con expresión confusa.

—No te angusties —dijo amable—, lo que, por el momento, es necesario que sepas es que *todos estamos aquí por algo* —enfaticó— y sólo siendo *nosotros mismos*, sin querer ser quienes *no somos*, cumpliremos con nuestra tarea dentro del formidable propósito del *Ngenechén*. Por ser piezas únicas en la maquinaria perfecta tenemos el deber de cuidar de nosotros mismos y de eso habla este primer principio: (...)

Tercera sentencia

*Dar la vida por alguien es un acto que no se puede pagar.*

Cuando alguien da la vida para que otro pueda vivir y crecer genera una deuda imposible de pagar. Es doloroso tomar ese obsequio, o sea, tomar la vida, aferrarse a ella, porque quien lo da está pagando un precio demasiado alto.

Cuando una madre fallece en el parto, o un rescatista muere salvando a alguien, se hace duro aceptar el privilegio de permanecer vivos pues el precio de esa vida es tan alto que muchas veces han de sentirse atraídos por el destino del otro, es decir, por la muerte. *Como me amas tanto que has dado la vida por mí, entonces me voy contigo.* Puede ser la manera que encuentran de sosegar la angustia por la deuda



y el peso de tener que hacer algo importante con sus vidas, ya que otro pagó un alto precio para que estén allí.

Pero, a decir verdad, esta sentencia no es aplicable ahora. Tú no has dado la vida por él, sólo has *descuidado* tu vida. Esto, más que altruismo, es simple negligencia. Así que no me detendré aquí.

(...)

**SEGUNDO PRINCIPIO**  
*La continuidad del ciclo*

(...)

Cuarta sentencia

*Lo que se acumula se degrada.*

Cuando acumulas alimentos se ponen rancios y atraen ratas. Cuando acumulas joyas o bienes atraes ladrones.

—Fíjate —dijo Don Ignacio, señalando las mesas de alimentos que las mujeres preparaban— los manjares que compartimos en estas fiestas deben ser consumidos por los presentes. Lo que sobre se repartirá y se lo llevarán. Nada debe desperdiciarse ni acumularse.

Como ves, parte del equilibrio consiste en poder compartir lo que tenemos. Además, es necesario hacerles lugar a los nuevos para poder mantener el equilibrio, porque ellos serán los que mañana cacen y compartan.

Si, por ejemplo, estoy bebiendo de un manantial y llegan otros sedientos es mi deber darles lugar, pues yo ya bebí gracias a que los que estaban antes se fueron y me dejaron espacio. En vez de llevarme toda el agua de la fuente o

impedir la llegada de otros debo cederles aquello de donde me he nutrido y seguir mi camino pues esa no es la única fuente.

Cuando un animal que marcha con su manada encuentra agua, bebe hasta saciarse. Luego se retira y permite que los otros animales se aproximen al manantial. Ese es el movimiento natural. Si todos conseguimos beber todos seremos más fuertes y la supervivencia será más factible. Los animales no tienen miedo de que el agua se acabe porque saben que el agua hoy está y mañana no, y que por más que quieran acapararla ella se escapa, se escurre. Sólo los humanos, aun estando saciados, pretenden alambrar la fuente.

—Es verdad, ¿qué es lo que nos lleva a hacerlo Don Ignacio?

—Pues, es el deseo de burlar los vaivenes del gran equilibrio.

—Y ¿por qué queremos hacer eso?

—Lo hacemos porque detrás acecha uno de los motores de las cosas más terribles de las que los humanos somos capaces: *el miedo*.

—No lo entiendo.

—Nuestro miedo crea imágenes aterradoras. Frente a ellas buscamos seguridad para protegernos de lo que tememos, y suponemos que, si nos cuidamos mucho podemos estar a salvo

de todo: de los ciclos naturales, de la hambruna de la tormenta, de los terremotos y de las otras personas... Ahí puedes ver el origen del miedo.

—¿El origen del miedo? ¿A qué se refiere Don Ignacio?

El miedo se origina al olvidar que las personas, la naturaleza, los animales, es decir: *todo*, incluidos nosotros, somos *parte de lo mismo*.

Pero la conocida desconexión nos acosa, y en el afán de huir del miedo muchos crean obras monumentales para protegerse y eso los aísla profundizando aún más el miedo. Después se conforman en esa ilusión de que pueden estar a salvo, hasta que *Ñuke Mapu* muestra lo pequeños que somos frente a las leyes del Todo.

La vida es movimiento y lo obstruimos cuando aspiramos a burlar las leyes naturales. Sin embargo, el *Todo* tiene sus formas de restablecer el equilibrio para continuar el movimiento. Por otro lado, quien acumula objetos o personas los deberá cargar sobre sus espaldas. Ocupará espacios que no podrá llenar con otras cosas, ya sea en su casa, en su vida o en su mente.

Puede suceder que alguien llegue a nosotros sólo para compartir un breve trecho y después los caminos se aparten nuevamente.

Encuentros que son como una estrella fugaz que nos conmueve iluminando nuestro cielo nocturno. Nos llenan de emoción y de cosquillas, hacen vibrar hasta el último reducto de nuestras vidas y luego siguen su camino dejándonos algo en el alma que hace que ya no seamos más los mismos.

Si pretendes retenerlo para siempre nada bueno puede resultar. La estrella fugaz es fugaz, aunque se quede un tiempo, esa es su naturaleza. El fluir de la vida es como el de un río, si lo obstruyes irá acumulando presión hasta arrasar con lo que sea que lo intente detener. Cuanta más presión, más drásticas pueden ser las consecuencias, y, de cualquier modo, antes o después, las cosas han de continuar su discurrir normal.

Diana empezaba a vislumbrar con más claridad algunos de sus errores y esto la entristecía. Nunca sospechó que había tantas cuestiones a tener en cuenta en una relación. El chamán la miró fijamente y, como si hubiera estado leyendo sus cavilaciones, le dijo:

—Debes liberarlo. Él es una estrella fugaz. Déjalo ir. No es la persona que creaste en tu fantasía. Tiene limitaciones, miedos y

voracidad por vivir. Quiere saborear todo lo que alcance su mano. Es un niño hambriento en su primer banquete. No quiere perderse de nada porque ya ha perdido demasiado.

Quizás, queriendo darle lo que la vida le había negado, acabaste avasallando su dignidad y este es el tercer principio.

**TERCER PRINCIPIO**  
*Respetar la dignidad*

Aunque nos hayan enseñado que dar es bueno, que hay que ayudar al prójimo, que la generosidad es una virtud, debemos tener en cuenta que *dar* es un movimiento que afecta el equilibrio. El que recibe algo no podrá permanecer como si nada hubiera pasado, deberá responder a ese movimiento generando una acción recíproca o entregando algo más a otra persona.

(...)

## CUARTO PRINCIPIO

### *El respeto por la libertad*

El movimiento de dar y el de tomar deben suceder en plena consciencia. Con la responsabilidad completa por lo que damos y por lo que tomamos. Deben hacerse libremente, sin coacciones, sin ceder a manipulaciones. Estos movimientos no pueden ni deben ser una imposición. (...)

Tercera sentencia

*No podemos obligar a alguien a que nos dé.*

Tomar a la fuerza es robar. Si bien no le pudiese un arma apuntándole, querías que él realizara tus anhelos y lo asediabas endeudándolo.

Este principio dice que *nada debe ser hecho a la fuerza*, y esto vale tanto para el *dar* como para el *tomar*. El hecho de que decidamos dar algo a alguien no implica que el otro pueda ser obligado a compensar.

Por ejemplo, robarle a alguien que tomó algo que no le correspondía no pone las cosas en



orden, pues, para ello, la reparación tendría que surgir libremente desde dentro, y no impuesta desde afuera, o sea de alguien que está castigando a quien sustrajo algo. Debería ser quien robó quien tome la iniciativa y no que el movimiento venga como una imposición. Cuando el *dar* no se hace naturalmente no tiene valor de dar. Ninguno de los dos logra el equilibrio de esa forma.

La persona despojada, aunque pierda ese objeto, no lo suelta. Esto crea una fuerza que, si bien no hará que vuelva a su dueño, tampoco permitirá que quien lo robó disfrute del botín. Ninguno de los dos logra el equilibrio ni alcanza la paz de esa forma.

La justicia impuesta no equilibra nada a menos que haya una toma de consciencia y un sincero deseo de reparación, pero en ese caso no sería necesario imponerla, ¿verdad?

(...)

## QUINTO PRINCIPIO

### *Sobre el valor de las cosas*

Para cuidar del equilibrio es necesario saber cuál es el valor de cada cosa. No en dinero porque eso no es valor, sino en otras formas como su historia, qué tan escaso o único es, el esfuerzo que costó construirlo o conseguirlo.

El valor debe ser considerado de forma ecuánime en ambas direcciones, o sea debe valorizarse adecuadamente tanto lo que tomamos del mundo como lo que damos.

Cuando recibimos algo grande y no podemos compensar en la misma magnitud se crea una asimetría. Las asimetrías quebrantan el equilibrio. La manera de sosegar los efectos tóxicos de ese desbalance es agradecer y reconocer lo recibido.

Por ejemplo: ¿Cómo podríamos retribuirle a *Ñuke Mapu* lo que ella nos da? Es imposible de todo punto de vista. Por esa razón dedicamos estos días del *We Tripantu* y otros más cada año para agradecer a nuestra Madre Tierra, a los antepasados y a los espíritus que nos guían todo lo que nos han dado. Tratamos lo que

hemos recibido como tesoros sagrados, es una forma de compensar esa enorme deuda.

Primera sentencia

*Desvalorizar lo que hemos recibido no disminuye la deuda.*

Algunas personas, en lugar de agradecer, quieren que su deuda parezca menor restándole valor a lo recibido, como hizo tu muchacho desde el comienzo.

Por ejemplo, el otro día un aldeano que poco sabe de caza decía que la presa que había atrapado su hermano era muy pequeña, y que sólo cazaba animales que no presentan ningún desafío. Fíjate, le quitaba valor para que no se note lo poco que él colabora con el *Lof*<sup>4</sup>. Esa gente que quiere rehuir sus compromisos restándole valor a lo que los otros dan no andan un buen camino. Critican a los otros para que no se note el peso que ellos representan para el clan al que pertenecen. Sin embargo, tanto este *peñi* (hermano) como tu muchacho, conocen

---

<sup>4</sup>*Lof*: es una comunidad mapuche o grupo de familias vinculadas por un ancestro común que comparten un territorio y suelen responder a una autoridad o *Lonco* (cacique).

exactamente la magnitud de sus deudas, y eso los angustia.

No pueden aceptar con alegría lo recibido y disfrutarlo, y tampoco pueden renunciar a ello y devolverlo. Al desvalorizar lo que se les da, sólo dejan las cosas mucho peor de lo que estaban. Quien les haya dado algo sentirá que fue un desperdicio porque ellos no reconocen el valor ni tampoco agradecen. Con el tiempo los que le daban ya no seguirán dándoles y comenzarán a perder su conexión con otros, lo que los dejará cada vez más vulnerables.

—Pero, si ese hombre no sabe cazar ¿no estaría siempre en deuda?

—No. Pues no es necesario retribuir exactamente con lo mismo que se recibió.

Cada uno tiene algo diferente para dar, si no fuera así no habría intercambio. De hecho, en vez de desvalorizar podría haber acompañado a su hermano para cargar las presas, llevar las flechas y el agua. Así el mérito por la caza hubiera sido de ambos.

Segunda sentencia

*Desvalorizar algo nos impide aprovecharlo al máximo.*

Al restarle valor, lo que recibimos pierde sentido y utilidad. Y cuando cobramos mucho más de lo que algo vale timando de alguna forma al otro, tendremos que compensar más tarde el desbalance<sup>5</sup>.

Cuando mediante una estratagema, por ejemplo, pagamos menos de lo que algo vale, creamos un movimiento restrictivo en el que no podremos sacarle todo el provecho que daría si hubiésemos pagado su verdadero valor. Lo que cuesta vale, dicen, y en este caso es verdad. Si algo costó, por ejemplo, una vida para conseguirlo esto lo hace valer mucho más.

Tu muchacho se descalifica a sí mismo con su conducta, pues al desvalorizar parece que nada le bastara, quedando como desagradecido e incapaz de reconocer. Eso le quita la chance de aprovechar su regalo al máximo, porque sólo tiene acceso al equivalente de lo que dio, y nada más. El resto quedará inaccesible para él.

(...)

---

<sup>5</sup> Esta variante se amplía en el sexto principio

XXXX

## SEXTO PRINCIPIO

*Ubuntu: Lo que hago a otros me lo hago a mí mismo<sup>6</sup>*

En el *We Tripantu*, una fuerza llamada *Newen* (la fuerza de la vida), vibrante y poderosa, nos hace conscientes a hombres y mujeres de que somos hermanos, no sólo entre nosotros, sino de cada entidad que nos rodea. El *Newen* nos hace *uno*.

Primera sentencia

*Quien toma más de lo que necesita deja a otros sin nada.*

Como te dije antes —explicó Don Ignacio—, no podemos matar a todos los animales si queremos que el año siguiente haya comida. Además, no es sólo mi clan el que se alimenta de esos animales, también otras tribus y criaturas como los pumas, los zorros y los buitres. Por eso, cuando tomamos algo del mundo,

---

<sup>6</sup> Esta noción no es exclusiva del pueblo mapuche. En África se nombra esto como *Ubuntu*, y alude a la unidad y a la interdependencia. No tiene una traducción exacta, pero sería algo como: *Yo soy porque tú eres*. Implica que lo que le hacemos a otros nos afecta a nosotros mismos también.

debemos hacerlo de la forma más sutil y menos destructiva que sea posible, tratando siempre de dejar las cosas igual o mejor de lo que las encontramos. Nunca debemos desvalorizar lo que tomamos o ignorar el daño que hacemos. Si hubo una merma en el *Todo*, que, de alguna forma, haya una compensación.

Imagina que todos estamos bajo una enorme manta, y, cuando uno jala de su lado, en la otra punta alguien se queda sin abrigo. Todo está conectado. La *Madre Tierra* nos da lo que necesitamos, ni más ni menos. Desgraciadamente, al existir quienes toman de más, muchos quedan desprovistos. Cuando alguien se enriquece a costa de la miseria de otros o, por ejemplo, valiéndose de artimañas cobra mucho más de lo que algo vale, crea un desequilibrio y, antes o después, habrá consecuencias. A veces, los favorecidos perderán algo importante para ellos y no podrán disfrutar de todo lo que acaparan, por mucho que sea. Se trata de gente insensible incapaz de notar la conexión con los demás.

Cuando talan un árbol milenario, quien está conectado con el *Todo*, lo vive en carne propia: como si estuvieran serruchando sus huesos. Cuando cazas y sabes que hay otros con hambre, no puedes disfrutar de tu caza si no la

compartes. ¿Cómo logran ellos estar felices sabiendo que hay tantos hermanos, hijos de la tierra, que no lo son? y aún peor ¿cómo logran estar contentos despojando y haciendo infelices a otros con su accionar? ¿Sabes cuál es la respuesta?: simplemente *no lo logran*. Sus vidas están sitiadas por objetos brillantes y por personas que quieren sacar provecho de ellos, porque atraen lo que emanan. Ellos saben que vendrá la hora en que tendrán que pagar su deuda, pero en su rudimentaria consciencia creen que protegiéndose de los robos será suficiente para burlar su responsabilidad. Mientras tanto, a más seguridad, menos libertad, así se van tornando esclavos y no se dan cuenta de que están pagando en vida lo que hacen, pues nunca pueden saber si, quien los acompaña, está por miedo, por cariño, o porque obtendrá beneficios.

Soledad triste la de saber que quien está contigo no lo hace por quién eres.

Segunda sentencia

*Quien toma algo que no ganó por sí mismo está condenado a no disfrutarlo o a perderlo.*



Tu muchacho —continuó Don Ignacio— siempre temerá perder lo que tiene, pues sabe que no se lo ganó con su esfuerzo. El temor es mayor porque, al no haberlo logrado él mismo, no sabe si, en caso de perderlo, lo podrá recuperar. Quien ha construido su casa sabe que si se quema puede volver a levantarla. Quien ha recibido siempre todo de regalo, no será capaz de construirse lo que necesite. Por eso se aferra desesperadamente a las cosas y eso le trae dolor.

Cada vez que alguien toma algo, de la *Gran Trama*, crea un movimiento en el *Todo*, y eso provoca una reacción en el mundo y una consciencia de deuda en la persona que tomó. No se puede salir de ese atolladero si, antes o después, no se compensa la deuda.

—Y entonces ¿qué me cabe esperar? —preguntó Diana en un suspiro lastimoso.

—Él no podrá erradicarte. Estés o no a su lado seguirás en su vida. No tienes cómo desaparecer porque ya eres parte crucial de su historia: tú has sido su encrucijada. Marcaste una diferencia al cambiar su destino para bien y para mal y no hay remedio para eso. Ahora sólo puedes dejarlo en paz. ¡Y no sigas esperando que él resuelva tu vacío! ¡Ese vacío no es responsabilidad de él, sino tuya! De aquí en más,

intenta llenar tu vida con algo nuevo, y recuerda esto: puedes entregarlo todo sin vaciarte porque tienes lo que te dan tus ancestros, pero, si cuando das lo haces esperando que el otro te llene luego, entonces sólo tendrás vacío.

Como te dije —continuó el hombre—, el *Todo* equilibra las cosas, y nuestra alma sabe que, si tomó sin merecer, o si ha tirado de la manta dejando a alguien sin abrigo, en algún momento habrá que responder por ello.

Tercera sentencia

*Quien ha privado a otros de algo fundamental un día deberá entregar un bien preciado como compensación.*

— ¿Algo como el pecado y castigo? —preguntó Diana.

—No exactamente —respondió Don Ignacio—. El *Gran Espíritu* no se basa en castigos, sino en acciones y sus consecuencias o reacciones, en última instancia es nada más que el equilibrio entre el *dar* y el *tomar*. Tomaste algo muy valioso, pagarás tu cuenta de forma acorde a lo que tomaste, ya sea que lo valores o no.

—No entiendo, ¿es que alguien lleva la cuenta de lo que cada uno hace?

—Cada uno escribe sus propias cuentas en la gran trama, y luego debe habérselas con esos números de los cuales no podrá echarle la culpa a nadie más —dijo con serenidad, y continuó Don Ignacio:

En la *trama infinita*, cuando mueves un nudo, generas reacciones, ecos, que se esparcen y regresan a ti. A veces vuelven débiles y otras veces llegan con más fuerza que la que tenían en su origen. Esos movimientos que vuelven como *ecos de tus actos* te afectarán directamente, sea positiva o negativamente. Pueden demorar tanto en volver que ya no te encuentren, entonces irán contra tu descendencia.

Diana se quedó mirándolo turbada.

— ¿Está diciendo que nuestros hijos pagarán por el daño que hagamos? ¡Eso es siniestro!

— Eso mismo estoy diciendo. Aunque no siempre es así, eso es lo que ocurre cuando no dejas tus cuentas en orden.

El ceño fruncido de Diana demostraba su perplejidad frente a esa aseveración.

—Te explicaré: Cuando arrojas algo destructivo contra la *gran trama* digamos, contra la humanidad lo primero que suele ocurrir es una reacción inmediata para detener ese daño. Como si una señal se encendiera para avisarte que pares con lo que estás haciendo.

Vamos a suponer que eres una empresaria dueña de una papelería y planeas destruir un bosque para hacer papel y hacer mucho dinero, que también es papel... ¡ja ja ja! —Se rio de su propio ejemplo y de lo absurdo de talar un árbol para pintar esos papelitos—. Bien, pues allí estás, lista llevar tu idea al directorio y empezar a enviar máquinas al área que vas a talar. En ese primer momento que aparece tu idea ya la escucha *el Todo* y te dará un mensaje para que no lo hagas.

—¿No entiendo cómo es que me va a mandar un mensaje el Todo!

—Bueno, pues ciertamente no usará tu teléfono celular para eso, o si... quizás haga que te lo roben, o lo pierdas en una visita al bosque. ¿Entiendes?

—No.

—Pues te enviará señales de todo tipo. De pronto alguien que tú estimas y valoras vendrá a hablarte de los inconvenientes de hacerlo, o bien aparecerá un artículo en tu pantalla explicándote sobre el impacto ambiental de ciertas industrias, o quizás los operarios que debieran hacer el talado entren en huelga, o alguno se accidente gravemente... todas formas que tiene el *Todo* de enviar un mensaje. Sin embargo, cuando la persona es insensible, o

cuando no entra en razón; cuando insiste en su accionar a pesar de señales y advertencias, el movimiento destructivo llegará al *Todo* y su alcance o sus consecuencias ya se vuelven difíciles de prever.

—Pero ¿por qué deben pagar los hijos? ¿qué tienen ellos que ver?

—Tienen mucho que ver porque son tu continuación. Por muy tierna que sea tu percepción de ellos, y por muy inocentes que puedan parecer, es adecuado que *ellos* realicen la reparación que tú no pudiste realizar. Ellos serán los encargados de hacer el cambio de consciencia aprendiendo las cosas que tú no pudiste enseñarles para poder contrarrestar el movimiento que lanzaste hacia la *Gran Trama*.

En el momento en que hiciste ese daño, lo más posible es que hayas ignorado su dimensión, y que lo que hacías tendría consecuencias, y seguramente eso lo aprendieron tus hijos de ti. Si ese eco no volviera sobre ellos, podrían repetir el daño una y otra vez, sin límite.

Lo que suele ocurrir es lo contrario, es decir que los hijos, por el solo hecho de nacer en una familia donde hubo una gran fractura del equilibrio, espontáneamente enfocan su vida en la reparación. Así es frecuente que en familias de genocidas surjan defensores de los derechos

humanos, o en las familias de millonarios surjan descendientes que no se interesen por el dinero. Las nuevas generaciones siempre intentan reparar los daños de sus antecesores, aun al costo de entregar su propia vida.

Debes entender que el *Todo* es un ser vivo, y que cada movimiento nuestro lo afecta, por lo cual, se defiende de lo nocivo y acepta lo provechoso, buscando así su equilibrio, su bien.

Si le das algo dañino, responderá defendiéndose, expulsándote o confinándote, al igual que lo hace el cuerpo con una infección: supura, mata al microbio y lo expulsa.

— ¿Cómo sucede esa defensa en el *Todo*?

—De muchas formas. Puede ser que las personas en torno a ti se alejen, te ataquen, te rechacen, o que no recibas más su apoyo.

Puede ser que todo lo que emprendas se frustre, se quede interrumpido, porque lo que hacemos generalmente involucra al medio, a otros. Desde lo más elemental, como plantar una semilla, necesitamos tener la colaboración del *Todo* para tener éxito. Cuando cada cosa que intentes fracase, tu ánimo irá decayendo, perderás tu confianza, tu fuerza y junto con ella tu poder para hacer más daño.

Otras veces, si vives en nuestro mundo, los animales pueden atacarte, los lugares dañarte o tal vez tengas reiterados “accidentes”. Como quiera que sea, te irás quedando sola, débil e insegura, y tu vida estará en riesgo, pues todo nuestro poder viene de la *Gran Trama*. Para quien está desconectado del *Todo*, es imposible anticipar estos efectos y protegerse, la decadencia o la muerte sobrevendrán.

—Usted dijo que quien no está en conexión con el *Todo* no puede anticipar su fin. Dígame, Don Ignacio, quien está conectado ¿sabe cuándo va a morir?

—De algún modo sabe que está en peligro, porque es consciente de que quebró el equilibrio y de las consecuencias de haberlo hecho. Por eso, debe intentar una reparación o una compensación tan pronto como sea posible.

Muchas tribus antiguas, cuando habían quebrado el equilibrio, sabiendo que tendrían que pagar ese error, se apresuraban a ofrecer un sacrificio u ofrenda. Así mostraban a los dioses que eran conscientes de que se habían equivocado y querían reparar su error ofreciendo algo valioso como compensación.

Una vez, en los tiempos de mi bisabuela, un clan consiguió armas de blancos, y trató de someter a dos clanes vecinos despojándolos de

sus provisiones. Todo hijo de la tierra sabe que la caza no dura todo el año, por eso salamos y ahumamos la carne, para disponer de ella cuando la necesitemos. Al principio, se hicieron de abundante comida, parecía que todos los de ese clan iban a tener un invierno mejor, pero, sin saber cómo, el único hijo del cacique encontró una de esas armas y, jugando, se voló la cabeza. El cacique encontró los pedazos de su hijo por toda la choza.

Don Ignacio se quedó mirándola en silencio como esperando un comentario.

—¿No pudo haber sido casualidad? —preguntó Diana.

El indio sonrió sin responder.

—¿Por qué me mira así? —inquirió.

—Tu cultura no percibe las conexiones entre actos y destinos. Ya te lo expliqué antes, por eso están quebrando el equilibrio climático y energético del mundo. Para nosotros es muy claro: lo que sucede es el resultado de las acciones de uno o de todos combinadas. Si lo que llega es malo se debe a que hubo alguna perturbación del orden. ¿Qué hacemos? Pues ante ese error, celebramos complejos rituales para disculparnos con el *Gran Espíritu* y para disminuir las consecuencias de nuestra idiotez.



Por eso, cuando matamos a una presa lo hacemos conscientes de que un día también nosotros estaremos en ese lugar, nosotros también seremos presa de nuestra propia muerte y ella nos mirará a los ojos en nuestro último instante, como mira el cazador a su presa.

Aquel cacique sabía que había roto el equilibrio —continuó Don Ignacio— y sabía también que el precio que pagó era justo. Para disminuir el daño en las generaciones futuras arrojó las armas al río, y entregó todas sus reservas de comida a los clanes que había despojado. Aquel año fue el más difícil para ellos, pero sobrevivieron ayudados por otros clanes.

— ¿Cómo puede una persona perversa, que no observa los principios, llegar a cacique?

—Es que no era así. El cacique no lo había hecho de pura maldad. Lo hizo porque *tenía un miedo en su alma*.

—No lo entiendo —dijo Diana.

—Sucede que, cuando el cacique era niño, hubo una gran sequía —explicó el indio—, y eso alejó a los animales y dificultó los cultivos. Vivieron una hambruna y la madre del cacique falleció, pues lo estaba amamantando y, quizás a causa de ello, se debilitó. Este cacique no lo sabía, pero, al igual que tu muchacho, tenía la *marca de la carencia* en su alma. Seguía

queriendo salvar a su madre. Por mucha comida que robase ella ya había muerto. En el fondo lo hostigaba la culpa porque pensaba que ella se había debilitado por darle el pecho. Su alma no estaba en paz por el hecho de haber recibido la vida a un precio excesivamente alto. Sentía que él la había matado. El cacique no pudo entender que la madre no dio la vida por él. Ella no se había puesto delante de un puma para salvarlo, sino que simplemente hizo lo que toda madre hace, amamantó a su hijo. Si él hubiese podido hablar con su madre, su locura se hubiera apaciguado. Ella le hubiera explicado que fue *su* decisión, y que él era sólo un bebé inocente. Entonces la marca se habría serenado. Así es la *marca de la carencia*.

— ¿Qué significa eso?

— Tiene que ver con lo que ha sucedido antes, lo que azotó a tus ancestros. Es tu pasado familiar.

(...)

**OCTAVO PRINCIPIO**  
*El cuidado del Todo*

Somos parte de lo magnánimo de donde tomamos lo que nuestra vida necesita y debemos compensarlo devolviendo algo a cambio. Cuidar del Todo es cuidar de nuestra casa, es cuidar de las fuentes de las que abrevamos la vida y cuidar de nosotros mismos.

Primera sentencia

*La destrucción es una forma de apropiación que no reconoce haber tomado.*

Destruir es la peor forma de tomar porque lo que se toma no se aprovecha ni nutre a nadie, pero, de cualquier modo, genera una deuda. Cada vez que quemamos un bosque, no importa que no usen el calor o la madera, están tomando algo, y tendrán que compensar al *Todo* por ello. La falta de consciencia no los exime de responsabilidad, aunque no la reconozcan cargan con una deuda que los hará enfrentar cataclismos cada vez peores. El hambre, las enfermedades, la tristeza, la locura, la falta de

sentido, son algunas de las consecuencias con las que ya están pagando sus excesos.

No tienen noción de lo que matan y destruyen porque no están allí presentes en el momento en que toman lo que toman.

—No entiendo a qué se refiere.

—Ustedes, como te he dicho, no cazan su comida. Si lo hicieran se percatarían de que están matando a un ser vivo para poder comer y comprenderían el precio que pagan las criaturas para que disfrutes de tu almuerzo. Cuando eres quien caza sientes la proximidad con la muerte y adviertes que tu muerte también te colocará en ese mismo lugar, el de la presa. Como ya te he dicho, esta noción nos quita la arrogancia que tienen ustedes por no cazar su comida. Tu pueblo ha perdido ese momento de *intimidad* que tienes con tu presa cuando la cazas.

—¿Cómo que tienen intimidad con la presa? ¿Pueden tener intimidad con un animal que está muriendo?

—¡Por supuesto que sí!

La muerte es un momento de suma intimidad y de enorme importancia en la vida de toda criatura. Marchamos a nuestra muerte desnudos, vulnerables, sin títulos ni condecoraciones, sin máscaras ni disfraces, siendo *nosotros mismos...* igual que en el nacimiento. Ambos

son momentos mágicos, poderosos donde la creación nos muestra lo que es transformar el *Todo*.

La llegada y la partida de este mundo son eventos trascendentales. Ser invitado a participar de cualquiera de esos momentos es recibir un regalo invaluable, es atestiguar los movimientos del *Todo*, trátase de una persona o de cualquier otra criatura.

En esos eventos tan trascendentes el *Todo* suele elegir a quienes participan de ellos. Para estar disponibles los cazadores se enlazan con su presa ya desde mucho antes de cazarla. Hay quienes aseguran que lo hacen desde el día del nacimiento.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque el verdadero cazador puede sintonizar con el *Todo* del que es parte, y a partir de allí se engancha con el destino del animal que cazará, el cual también es parte de ese *Todo*.

El cazador debe hacerse uno con su objetivo para poder ser guiado y rastrearlo. Al fundirse con el animal el destino de éste es quien guía al cazador hacia donde se oculta para que esa presa encuentre su muerte.

La conexión es tan profunda que presa y cazador son realmente *uno*.

Ustedes no dialogan con el animal que los alimentará. No aprenden del privilegio de ser testigos del momento en que la vida se extingue en la mirada, ni perciben la oleada de energía que se suelta cuando la luminosidad se escapa del cuerpo. Ven la carne como si fuera un objeto, por eso no tienen respeto por la vida.

—No entiendo, Don Ignacio, cuál es el sentido morboso de poner tanta atención en la muerte de un pobre animal —objetó Diana.

—Es que la muerte es *una y la misma para todos*.

Nuevamente el ceño fruncido de Diana pidió una explicación. Don Ignacio continuó:

Cada vez que un cazador mata a un animal, su propia muerte lo mira desde los ojos de su presa. ¡Eso sí que es un regalo! Mirar a tu muerte a los ojos... dismantela tu arrogancia. Te hace saber que la vida que aún tienes es preciosa, que no eres inmortal, sino que eres como esa presa que está entre tus manos sólo que tu tiempo aún no ha llegado.

Por eso ustedes no le dan valor a la vida, porque no presencian la muerte íntimamente. Tienen la soberbia de creer que el mundo tiene que adaptarse a sus deseos. No le dan valor a la naturaleza porque no tienen contacto íntimo con ella, y por eso no la comprenden ni advierten

cuál es el lugar que les corresponde. Nada más perciben la pérdida cuando ya han devastado su ambiente, cuando no pueden beber el agua de un río, o cuando transformaron un vergel en un desierto. Sólo entonces empiezan a darse cuenta de que trataron esos tesoros con negligencia, cuando ya los han destruido o perdido. ¡Me temo que este es el camino de los *huincas*!

Diana entendía muy bien de qué hablaba el hombre. Sabía perfectamente que la contaminación hídrica, el calentamiento global, la desaparición de especies por caza indiscriminada, los derrames de petróleo, eran parte del escenario que el chamán narraba, y cada palabra era cierta.

Recordó una frase que decía: “*La humanidad necesitó de treinta siglos para tomar impulso y ahora sólo tiene treinta años para frenar antes de caer al abismo*”.

Le abrumaba ver que el modo en que había vivido ya no tenía sentido alguno para ella, pero tampoco se imaginaba haciendo la vida de un mapuche, en una choza en medio de la montaña.

Don Ignacio la notó perturbada y le preguntó:

— ¿Y ahora que te preocupa?

—Es que empiezo a ver que la cultura de mi gente está completamente trastornada. Vamos hacia el desastre y no sé si seré capaz de hacer algo para cambiar eso.

El hombre soltó una fuerte carcajada. Diana lo miró sorprendida.

— ¿De qué se ríe?

— ¿Te das cuenta cómo te vas de un extremo a otro? Hace unos días nada te preocupaba a excepción de ese muchacho y ¡ahora quieres salvar el mundo! Te diré —dijo sonriendo— lo que está a tu alcance.

Diana asintió intrigada.

—Lo que puedes hacer es cambiarte a ti misma.

Amplía tu consciencia, dialoga con la naturaleza, busca esa intimidad de la que te hablé, porque tú eres una parte del *Todo*. Cuando la parte cambia, provoca una onda que se irá expandiendo y eventualmente el *Todo* cambiará. No te cargues toda la responsabilidad de tu cultura, tú no eres responsable por el despertar de consciencia de todos, pero debes hacerte cargo de *tu propia consciencia*.

(...)



Esta es una publicación gratuita y es  
cortesía de Guillermo Daniel Leone.

Queda prohibida su venta. Todos los derechos reservados.©

## LINKS

### **Argentina:**

Para envíos a toda Argentina el mejor precio lo ofrece: [Tematika.com](http://Tematika.com)

Puede adquirir el libro personalmente en Editorial [Alma Lepik](#); Quito 4231 Caballito, Ciudad de Buenos Aires, o en la tienda virtual de dicha editorial, siguiendo este link: <https://www.tienda.almalepik.com/g-leone-el-oculto-equilibrio-de-las-cosas-ed-galactica-1070695524xJM>

También personalmente en cualquier local de la cadena [Yenny - El Ateneo](#).

**España:** [Ejemplares impresos en España](#)

**México:** [Ejemplares impresos en México:](#)

**Colombia:** [Ejemplares impresos en Colombia](#)

Si tiene un momento libre y desea contribuir con algunas informaciones puede completar la encuesta en [este Link](#).

¡Muchas gracias!

Guillermo Leone